

que las cigarras aún cantan sobre nuestras cabezas y conversan entre sí, como hacen siempre con este calor sofocante, y parece que nos imitan. Si, pues, ellas nos ven, como el pueblo, en lugar de conversar, dormir la siesta al mediodía y dejarnos arrullar por sus cantos, sin ocupar nuestro pensamiento en nada, se reirán de nosotros y harán bien; creerán ver esclavos que han venido á dormir en este retiro, como ovejas que en medio del día se duermen alrededor de la fuente. Si, por el contrario, nos ven conversar y pasar cerca de ellas, como el sabio cerca de las Sirenas⁴, sin dejarnos encantar, nos darán su admiración y acaso parte del beneficio que les es permitido por los dioses conceder á los hombres.

PHE. ¿Cuáles este beneficio? Me parece que nunca he oído hablar de él.

Sóc. Cuadra mal á un amigo de las Musas, ignorar estas cosas. Se cuenta que las cigarras eran hombres antes de nacer las Musas. Cuando éstas nacieron, y el canto con ellas, hubo un cierto número de hombres á los cuales transportaron de placer sus acentos, hasta tal punto que la pasión del canto les hizo olvidarse de comer y beber, y pasaron de la vida á la muerte sin percibirlo. De estos hombres nacieron las cigarras, y las Musas les concedieron el privilegio de no necesitar ali-

⁴ Referencia á Ulises.

mento ninguno; pero cantan sin comer ni beber desde que nacen hasta que mueren, y después de esto advierten á las Musas cuál es aquel de los mortales que á cada una de ellas rinde homenaje. Así, haciendo conocer á Terpsícore los que la veneran en los coros, se rinden á esta divinidad, de nuevo propicia á sus favores. A Erato cuentan los nombres de los que cultivan la poesía erótica, y á las otras Musas las hacen conocer los de los que las tributan la especie de culto que conviene á los atributos de cada una; á Calíope, la más anciana, y á Urano, la más joven, los de los que, dedicados á la Filosofía, cultivan las artes que les son consagradas. Estas dos Musas, que presiden los movimientos de los cuerpos celestes y las pláticas de los dioses y de los hombres, son, por lo tanto, las que tienen el canto más melodioso. Hé aquí las razones para hablar en pleno mediodía en lugar de dormir.

PHE. Y bien; hablemos.

Sóc. Nos hemos propuesto examinar lo que hace que un discurso escrito ó improvisado sea bueno ó malo. Empecemos este examen, si te parece.

PHE. Muy bien.

Sóc. Para hablar bien, ¿no es necesario conocer la verdad sobre el asunto que se propone tratar?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

PHE. He oído decir con este motivo, querido Sócrates, que al orador no le es necesario instruirse de lo que es verdaderamente justo, sino de lo que parece tal á la multitud encargada de decidir, no de lo que es verdaderamente bueno y bello, sino de lo que tiene las apariencias de bondad y belleza. Porque la verosimilitud, y no la verdad, produce la persuasión.

Sóc. No deben despreciarse las palabras de los sabios, querido Phedro, sin antes examinar lo que significan, y lo que acabas de decirme merece toda nuestra atención.

PHE. Tienes razón.

Sóc. Procedamos de esta manera.

PHE. Veamos.

Sóc. Si yo te aconsejase comprar un caballo para ir á la guerra; si los dos ignorásemos lo que es un caballo; si yo supiese solamente que Phedro toma por un caballo aquel de los animales domésticos que tiene las orejas más grandes...

PHE. Esto sería risible, querido Sócrates.

Sóc. Un momento; y si yo tomase en serio á mi cargo la tarea de persuadirte, componiendo un discurso en el cual enalteciera al asno hablando del caballo; si dijese que es un animal inapreciable en la ciudad y en el ejercicio, que se puede combatir sobre su espinazo y hacerle llevar los bagajes y otras cargas...

PHE. Esto sería el colmo del ridículo.

Sóc. No obstante, ¿no es mejor ser ridículo, pero inofensivo, que nocivo y dañoso?

PHE. Así parece.

Sóc. Entonces, el orador ignorante de la naturaleza del bien y del mal, que halla á sus conciudadanos en la misma ignorancia, y los persuade, no de tomar la sombra de un asno por un caballo, sino el mal por el bien, aunque conoce bien las preocupaciones de la multitud, la arrastra y conduce por malos caminos según tu dictamen, ¿qué frutos podrá recoger de lo que él ha sembrado de la Retórica?

PHE. Frutos bastante malos.

Sóc. Pero acaso, amigo mío, hemos tratado al arte oratoria de un modo muy descortés; acaso podría él contestarnos que todos nuestros bellos argumentos no saben lo que dicen; que él no obliga á nadie á aprender á hablar sin conocer la naturaleza de la verdad; pero que, si se le quiere creer, no se estudiará sino después de hallarse seguros de estar en posesión de la verdad; que, con todo eso, él no vacila en proclamar bien alto que, sin sus lecciones, la posesión de la verdad de nada sirve para producir la persuasión.

PHE. ¿Y no tendrá razón de hablar de este modo?

Sóc. Convendría contigo si las voces que se

elevan de distintas partes se uniesen para reconocer es un arte la Retórica. Pero creo escuchar á algunos que protestan y que afirman no es un arte, sino una grosera rutina. «No hay, dice el Laconiense, verdadero arte de la palabra fuera de la posesión de la verdad, ni lo habrá nunca.»

PHE. También yo quiero escuchar esas voces, mi querido Sócrates. Haz comparecer á estos adversarios de la Retórica, y veamos lo que dicen.

Sóc. Venid, nobles hijos, y probad á Phedro, padre de hijos que se os parecen, que si no ha profundizado mucho la Filosofía, no será nunca capaz de hablar sobre ningún asunto. Que os responda Phedro.

PHE. Preguntad.

Sóc. En general, la Retórica ¿no es el arte de conducir los ánimos por la palabra, no solamente en los tribunales y las otras asambleas públicas, sino también en las reuniones particulares, ya se ocupe de objetos de poca importancia ó de los más grandes intereses? Y el bien ¿no tiene su premio, su valor, en las cosas pequeñas como en las grandes? ¿No es esto lo que se dice?

PHE. No, por Júpiter, no es esto todo; el arte de hablar y de escribir triunfa sobre todo en los informes, y se extiende á las arengas políticas. No he oído decir que su dominio se extienda más.

Sóc. Así, pues, ¿no conoces más tratados de

Retórica que los de Néstor y Ulises, que los compusieron en sus ratos de ocio, durante el sitio de Ilion, y nunca has oído hablar de la Retórica de Palamedes?

PHE. No, por Júpiter, no más que de las Retóricas de Néstor y de Ulises, á menos que tu Néstor no sea Gorgias y tu Ulises Thrasimaco ó Theodoro.

Sóc. Puede ser, pero dejémosles. Dime: en los tribunales ¿no sostienen ellos lo mismo el pro que el contra? ¿Qué dices?

PHE. Nada tan cierto.

Sóc. ¿Y es sobre lo justo é injusto sobre lo que así se contradicen?

PHE. Sin duda.

Sóc. Así, pues, esto, hecho con arte, hará que una misma cosa parezca á unas mismas personas justa ó injusta, según su voluntad.

PHE. Perfectamente.

Sóc. Y cuando hable delante del pueblo, sus conciudadanos juzgarán las mismas cosas ventajosas ó funestas, al gusto de su elocuencia.

PHE. Sí.

Sóc. ¿No sabemos que Palamedes de Elea hablaba con tanto arte que hacía aparecer, á los ojos de sus oyentes, semejantes ó desemejantes, simples ó múltiples, en reposo y en movimiento?

PHE. Lo sé.

Sóc. Así, el arte de sostener las proposiciones contradictorias no tiene solamente por dominio los tribunales y las asambleas populares, sino que, al parecer, si hay un arte de la palabra, comprende toda clase de discursos, hace que se confunda siempre á todo el que puede ser confundido, y se distinga lo que el adversario pretende confundir y oscurecer.

PHE. ¿Cómo lo entiendes tú?

Sóc. Creo que se esclarecerá la cuestión si sigues este razonamiento. ¿Podrás fácilmente alucinarte acerca de cosas que sean muy diferentes, ó en las que no se distingan con tanta facilidad?

PHE. En éstas, evidentemente.

Sóc. Para alejarte sin ser notado, ¿deberás apartarte poco á poco, ó á grandes pasos?

PHE. La respuesta es clara.

Sóc. El que se propone engañar á los demás sin tomarse á sí mismo por pretexto, deberá, pues, ser capaz de reconocer exactamente las semejanzas y diferencias de las cosas.

PHE. Esto es de absoluta necesidad.

Sóc. Pero ¿es posible que, cuando se desconoce la verdadera naturaleza de cada cosa, se conozca lo que en las demás cosas se parece más ó menos á lo que se ignora?

PHE. Es de todo punto imposible.

Sóc. ¿No es, pues, evidente que toda falsa

opinión no procede sino de ciertas afinidades que hay en todos los objetos?

PHE. Indudablemente.

Sóc. Y ¿cómo el que no posea el arte de hacer que sus oyentes pasen poco á poco de semejanza en semejanza, de la verdadera naturaleza de las cosas á su contraria, ha de evitar por su propia cuenta semejante error, si no sabe á qué atenerse sobre la verdadera naturaleza de las cosas?

PHE. No puede ser.

Sóc. Así, pues, el que pretende poseer el arte de la palabra sin conocer la verdad, y él nunca se preocupa sino de opiniones, toma por un arte lo que sólo es una ridícula apariencia.

Sóc. ¿Quieres entre el discurso de Lysias, que tienes en la mano, y entre los que hemos pronunciado, ver la diferencia que marcamos entre el arte y lo que de él sólo tiene la apariencia?

PHE. De muy buen grado. Pues si no, nuestros razonamientos tienen un vacío, puesto que no se apoyan en ningún ejemplo positivo.

Sóc. En verdad que es una feliz coincidencia la de que hayamos pronunciado dos discursos para demostrar que el que posee la verdad puede, manejando bien la palabra, extraviar á sus oyentes. Por mi parte, querido Phedro, no vacilo en relacionarlos con las divinidades que habitan estos lugares. Acaso hasta tal punto los inspirados

cantores de las Musas, que habitan aquí sobre nuestras cabezas, nos han comunicado su inspiración, porque yo siempre fui extraño al arte oratoria.

PHE. Eso es lo que dices; pero vengamos al examen de los dos discursos.

* Sóc. Lee, pues, el comienzo del discurso de Lysias.

PHE. «Conoces mis sentimientos, y sabes que miro la satisfacción de mis deseos como cosa que á los dos nos aprovecha. No sería justo rechazar mis súplicas porque no soy tu amante. Porque los amantes, apenas están satisfechos...»

Sóc. No sigas. Debemos examinar si Lysias se engaña ó si carece de arte. ¿No es cierto?

PHE. Sí.

Sóc. ¿No es evidente que todos estamos de acuerdo sobre ciertas materias, y sobre otras siempre discutimos?

PHE. Creo comprender lo que dices, pero explícate con mayor claridad.

Sóc. Por ejemplo, si ante nosotros se pronuncian las palabras hierro ó plata, ¿no tenemos todas las mismas ideas?

PHE. Indudablemente.

Sóc. Pero si se nos habla de lo justo y de lo injusto, estas palabras despiertan diferentes ideas y estamos en desacuerdo con los demás y con nosotros mismos.

PHE. Seguramente.

Sóc. Luego hay cosas sobre las cuales todos estamos acordes, y otras sobre las que todo el mundo disputa.

PHE. Es verdad.

Sóc. ¿Sobre qué clase de asunto es más fácil extraviarnos y carece de poder la Retórica?

PHE. Evidentemente, sobre las materias inciertas y dudosas.

Sóc. Luego el que se proponga abordar el arte oratoria, deberá, ante todo, haber hecho metódicamente esta distinción y haber aprendido á reconocer en sus diferentes caracteres las cosas sobre las cuales la opinión es fluctuante é insegura, y aquellas otras sobre las cuales no hay duda posible.

PHE. Habil será quien haga semejante distinción.

Sóc. Por lo cual, yo creo que antes de tratar un asunto particular debe observar con penetrante mirada, y evitando toda confusión, la especie á que el asunto corresponde.

PHE. Sin duda alguna.

Sóc. Y el amor ¿es de las cosas sobre las cuales se disputa?

PHE. Seguramente es de las disputables. ¿Crees si no que hubieses podido hablar como acabas de hacerlo, sosteniendo ya que es un mal

para el amante y el objeto amado, ya que es el mayor de los bienes?

Sóc. Perfectamente. Pero dime, porque en el furor divino que me poseía he perdido la memoria: al comenzar mi discurso, ¿hice la definición del amor?

PHE. Sí, por Jove; admirablemente.

Sóc. ¿Qué dices? ¿Son más hábiles en el arte de la palabra las ninfas hijas de Aqueloo y Pan, hijo de Hermes, que Lysias, hijo de Cephalo? ¿O acaso me engaño, y al comenzar su discurso sobre el amor nos ha hecho aceptar Lysias una definición, á la cual ha referido todo lo restante de su discurso y la conclusión misma? ¿Quieres que nuevamente leamos el principio?

PHE. Como quieras, pero no está en él lo que buscas.

Sóc. Sin embargo, lee; quiero volver á oirlo.

PHE. «Conoces mis sentimientos, y sabes que miro la satisfacción de mis deseos como cosa que á los dos nos aprovecha. No sería justo rechazar mis súplicas porque no soy tu amante. Porque los amantes, apenas están satisfechos, cuando ya lamentan todo lo que han hecho por el objeto de su pasión.»

Sóc. Pero me parece que necesariamente debe haber hecho lo que buscamos. No empieza

por el principio, sino por el fin, como hombre que nada boca arriba y contra la corriente. ¿No comienza por donde debiera terminar el amante que se dirige á su bien amado, ó es que yo, Phe-dro, mi querido amigo, estoy confundido?

PHE. Pero es, Sócrates, que tampoco él ha querido hacer sino el final de su discurso.

Sóc. Así lo creo; pero ¿no encuentras que sus ideas están hacinadas y son confusas? Lo que dice en segundo lugar debiera estar al principio, mejor que tal ó cual otra parte de su discurso. Yo, que confieso mi ignorancia, creo que el autor ha ido escribiendo todo lo que le ha venido á la mente; pero ¿tú has descubierto en su composición algún plan en virtud del cual haya dispuesto todas las partes en el orden que tienen?

PHE. Me haces mucho favor al suponerme así, en aptitud de comprender todos los artificios de la elocuencia de un Lysias.

Sóc. Pero al menos me concederás que todo discurso debe, como un sér vivo, tener un cuerpo que le sea propio, pies y cabeza, medio y extremidades debidamente proporcionadas entre sí, y en justa relación con el conjunto.

PHE. Es evidente.

Sóc. Pues bien: examina el discurso de tu amigo y dime si reúne todas esas condiciones; comprenderás que es muy semejante á la ins-

cripción puesta, según se dice, en la tumba de Midas, rey de Frigia.

PHE. ¿Qué epitafio es ese, y qué hay en él de particular?

Sóc. Hele aquí:

«Soy una virgen de bronce; descanso sobre la tumba de Midas;

•Mientras el agua corra, prosperarán los árboles gigantes.

•De pie, y sobre este sepulcro, con lágrimas regado,

•Anunciaré á los transeuntes que aquí yace Midas.»

Comprendes, como yo, que esta inscripción puede leerse indiferentemente, comenzando por el primero ó por el último verso.

PHE. Sócrates, te burlas de nuestro discurso.

Sóc. No lo haré si te enoja, aunque, en mi concepto, contiene muchos ejemplos, cuyo estudio es útilísimo para no caer nunca en la tentación de imitarlos. Hablemos de los otros discursos; en ellos hallaremos, según creo, enseñanzas muy provechosas para el que quiera instruirse en el arte oratoria.

PHE. ¿Qué quieres decir?

Sóc. Ambos discursos se contradecían, por-

que el uno tendía á demostrar que deben concederse los favores á los hombres enamorados, y el otro sostenía, por el contrario, que debía preferirse á los no dominados por el amor.

PHE. Y con igual calor se sostenían el pro y el contra.

Sóc. Esperaba que empleases la palabra adecuada, que es la de furor. Esa palabra es la que yo buscaba; porque, en efecto, ¿no hemos dicho que el amor es una especie de furor?

PHE. Sí.

Sóc. Hay dos clases de furor ó delirio: uno es una enfermedad del alma, y otro que nos hace franquear los límites de la naturaleza humana por una inspiración divina.

PHE. Conformes.

Sóc. Hemos distinguido cuatro especies de delirio, según los dioses que los inspiran, atribuyendo la inspiración profética á Apolo, la de los iniciados á Baco, la de los poetas á las Musas, y la de los amantes á Venus y al Amor; y hemos dicho que este último era el más divino de todos los delirios. Y no sé de qué manera, inflamados por el soplo del dios del amor, ya aproximándonos á la verdad, ya apartándonos de ella, haciendo, en suma, un discurso plausible, hemos compuesto, procediendo pía y decentemente, una especie de himno mitológico al Amor, tu maes-

tro y mío, Phedro, el dios de los jóvenes hermosos.

PHE. Me encanta el oírte.

Sóc. Sirvámonos, pues, de este discurso para ver cómo es posible la transición del vituperio al elogio.

PHE. Veámoslo.

Sóc. En mi concepto, es cosa muy fácil. Hay dos procedimientos que el acaso nos ha sugerido sin duda, y cuyo alcance fuera muy fácil comprender apropiándose los por el método.

PHE. ¿Cuáles son?

Sóc. Consisten ante todo en abrazar con una sola mirada todas las ideas particulares esparcidas por doquier y reunir las bajo una idea general, á fin de hacer comprender, por una definición exacta, el asunto que se quiere tratar. Así es como hace un momento hemos dado una definición del amor, que pudiera ser buena ó mala, pero que al menos ha servido para dar á nuestro discurso orden y claridad.

PHE. ¿Y cuál es el otro procedimiento, Sócrates?

Sóc. Consiste en saber dividir nuevamente la idea general en sus elementos primitivos como en otras tantas articulaciones naturales, cuidando siempre de no mutilar ninguno de ellos, como suele hacer un trinchador poco diestro.

✕ Los dos discursos nos han dado una idea general del delirio, y después, así como la unidad de nuestro cuerpo comprende bajo igual denominación los miembros de la derecha y los de la izquierda, así nuestros discursos han sacado de la definición general del delirio dos nociones diferentes; uno de ellos ha distinguido todo lo que había por una parte, y sólo ha vuelto sobre sus pasos para hacer una nueva división después de haber encontrado un desventurado amor, á quien colmó de merecidas injurias; el otro, inclinándose á la diestra, ha encontrado otro amor del mismo nombre, pero cuyo principio es divino, y, tomándole por materia de sus elogios, le ha ensalzado como el origen de los mayores bienes.

PHE. Lo que dices es cierto.

Sóc. Yo, querido Phedro, gusto extraordinariamente de descomponer y recomponer las ideas, porque así se aprende á hablar y á pensar. Y cuando creo haber hallado un hombre capaz de sorprender á un mismo tiempo el conjunto y los detalles de un objeto, marchó sobre sus huellas como sobre las de un dios. Á los que poseen ese talento, con razón ó sin ella los he llamado dialécticos. Pero á los que se han formado en tu escuela y en la de Lysias, no se cómo llamarlos. ¿Dónde está entre ellos el arte de la palabra, por el que Thrasymaco y otros se hicieron tan hábi-

les razonadores, que sólo enseñan á los que los regalan regiamente?

PHE. En efecto, son Reyes, pero no se sostienen del arte de que hablas. Por lo demás, puedes con razón nombrar á la dialéctica, pero hasta aquí no has hablado de la Retórica.

Sóc. ¿Qué dices? ¿Acaso hay en el arte de la palabra alguna parte importante distinta de la dialéctica? Guardémonos mucho de despreciarla y examinemos en qué consiste esa Retórica de que no hemos hablado.

PHE. No es otra cosa, caro Sócrates, más que los preceptos contenidos en los tratados del arte oratoria.

Sóc. Oportunamente los citas. En primer lugar, está el exordio, que así debe llamarse el comienzo del discurso. ¿No es esa una de las exigencias del arte?

PHE. Sí.

Sóc. Después la narración, y á ésta siguen la deposiciones de los testigos, luego las pruebas, y, finalmente, las presunciones. Creo que el hábil autor de discursos que de Bizancio nos ha venido habla también de la confirmación y de la subconfirmación. Y en cuanto al final del discurso, todos son de la misma opinión, y la denominan recapitulación. Esto, prescindiendo de los ataques indirectos, la insinuación, la refutación y

la subrefutación, que emplean varios maestros de la palabra.

PHE. Lo que has llamado 'recapitulación, ¿es el resumen final?

Sóc. Eso mismo, y creo no haber olvidado ninguno de los secretos de la oratoria.

PHE. Tan pocos te faltan, que no merecen que de ellos se hable.

Sóc. Pues bien, prescindamos de ellos y tratemos del valor de los artificios y del poder de la Retórica.

PHE. Es, en efecto, omnipotente, y sobre todo en las asambleas populares.

Sóc. Es verdad; pero convendrás conmigo en que tan excelentes composiciones en muchos sitios dejan ver la trama.

PHE. Explicáte más.

Sóc. Si Pericles ó Adraste nos hubieran oído hablar de esos hermosos preceptos del arte oratoria, del estilo conciso ó figurado, y de todos los demás artificios que nos hemos propuesto examinar, acaso dirigieran injurias de mal gusto á los que imaginaron esos preceptos y los dieron á sus discípulos como si fueran el arte oratoria. Acaso, más sabios que nosotros, nos dijeran: «¡Oh Phedro y Sócrates! En vez de indignaros, debierais perdonar á los que, ignorando la dialéctica, no pueden, por consiguiente, definir el arte

de la palabra. Poseen las nociones preliminares de la Retórica, y se imaginan haber hallado así la Retórica misma; y cuando enseñan á sus discípulos todos esos detalles, creen haberles enseñado perfectamente el arte oratoria, y les dejan el cuidado, en su concepto fácil, de disponer todos esos medios para producir la persuasión y ordenar todo el discurso cuando se vean en el caso de componer una arenga.»

PHE. ¿Y cómo y dónde puede adquirirse el arte de persuadir?

Sóc. La perfección en las luchas de la palabra obedece, en mi concepto, á las mismas condiciones que la perfección en todas las demás clases de lucha. Si la naturaleza te hizo orador y cultivas tus buenas disposiciones, algún día serás ilustre; pero si te falta alguna, jamás tendrás otra cosa que una imperfecta elocuencia.

PHE. ¿Cuál método deberá seguirse?

Sóc. La Medicina y la Retórica se parecen. Ambas artes exigen un exacto análisis de la naturaleza, una de la del cuerpo, y otra de la del espíritu, si no quieres tomar por guía la rutina y la experiencia solas, sino pedir al arte sus luces para dar al cuerpo la fuerza y la salud por los remedios y por el régimen, y para hacer penetrar en las almas la persuasión y la virtud mediante sabios discursos y útiles enseñanzas.

PHE. Todo eso es muy cierto, Sócrates.

Sóc. ¿Y crees que sin conocer la naturaleza en general puede conocerse la naturaleza del alma?

PHE. Ni la del alma, ni la del cuerpo, como enseña Hipócrates, el descendiente de Esculapio.

Sóc. Muy bien; sin embargo, debemos, después de conocer la opinión de Hipócrates, consultar la razón y contrastarla en ella.

PHE. Lo mismo creo.

Sóc. Examina, pues, lo que acerca de la naturaleza dicen Hipócrates y la sana razón. ¿No es éste el procedimiento que debemos seguir en las reflexiones sobre la naturaleza de las cosas? Examinaremos en primer lugar si el objeto de que queremos darnos cuenta y hacer que conozcan los demás es simple ó compuesto; si es simple, veremos inmediatamente cuáles son sus propiedades, cómo y sobre qué obra, cómo y por qué puede ser aceptado; y si es compuesto, enumeraremos las partes que en él pueden distinguirse, y haremos sobre cada una de ellas el mismo examen que hubiéramos hecho acerca del objeto reducido á la unidad, para determinar después sus propiedades activas y pasivas.

PHE. Este procedimiento es el mejor.

Sóc. Y seguir otro es caminar á ciegas por camino desconocido. Pero el tratar un asunto cualquiera según las reglas del método no es pro-

pio de un ciego ni de un sordo, pues el que siga en sus discursos un orden metódico llegará á explicar exactamente la esencia del objeto á que sus palabras se refieren, y que no es otra cosa que el espíritu.

PHE. Es indudable.

Sóc. ¿No deben, en efecto, dirigirse todos sus esfuerzos en éste sentido? ¿No es al alma á quien debe llevarse la persuasión? ¿Lo crees así?

PHE. Convengo en ello.

Sóc. Es, pues, evidente que Thrasymano, y todos los que quieran enseñar seriamente la Retórica, describirán primero debidamente el espíritu y harán patente si es una sustancia simple é idéntica, ó si es compuesta como el cuerpo. ¿No es así como debe explicarse la naturaleza de las cosas?

PHE. Exactamente.

Sóc. Describirán luego sus facultades y los diferentes modos de impresionarse.

PHE. Es indudable.

Sóc. Y, por fin, después de haber clasificado las diferentes especies de discursos y de espíritus, enseñarán el modo como se puede obrar sobre ellos, apropiando á cada auditorio un género de elocuencia, y demostrando después cómo ciertos discursos que deben persuadir á determinados espíritus no ejercen acción sobre otros.

PHE. Tu método me parece admirable.

Sóc. Así, amigo mío, lo que se enseñe ó componga siguiendo otro método, no puede ser artístico, sea cual fuere el asunto sobre que verse. Los que en nuestros días escriben tratados de Retórica, y de quienes tanto has oído hablar, son unos arteros que disimulan el exacto conocimiento que tienen del espíritu humano. Y mientras no hablen ó escriban de este modo, guardémosnos de creer que poseen el arte verdadero.

PHE. ¿Y cuál es ese modo?

Sóc. Difícil es hallar frases adecuadas para exponértelo. Pero trataré de explicarte como me sea posible el orden que debe seguirse en un tratado redactado con arte.

PHE. Habla.

Sóc. Puesto que el arte oratoria no es más que el arte de encaminar las almas, es necesario que el orador y el que trata de serlo conozcan las clases que hay de almas. Son en cierto número y tienen determinadas cualidades; de donde se sigue que los hombres tienen diferentes caracteres.

Así, hay hombres á quienes ciertos discursos persuadirán, en determinadas circunstancias, por tal ó cual razón, mientras que los mismos argumentos interesarán muy poco á otros espíritus. Luego que el orador haya profundizado suficientemente estos principios, será capaz de aplicarlos

en la práctica de la vida y de discernir de una ojeada el momento en que deben emplearse, pues en otro caso nunca podrá saber más que cuando aprendía de sus maestros. Cuando se encuentre en estado de decir los discursos que pueden persuadir á las diferentes almas; cuando, puesto en presencia de un individuo, sepa leer en su corazón y pueda decirse á sí mismo: «Ese es el hombre y ese el carácter que mis maestros me describieron. Está delante de mí, y para convencerle de tal ó cual cosa, debo hablarle de tal ó cual modo;» cuando posea todos estos conocimientos y sepa distinguir las ocasiones en que deba hablar y deba callarse; cuando sepa emplear y evitar oportunamente el estilo conciso, las frases patéticas, las amplificaciones sublimes y todos los artificios que la escuela le haya enseñado, entonces únicamente poseerá por completo el arte de la palabra; pero el que en sus discursos, lecciones ú obras olvide alguna de estas reglas, no podrá convencernos, si lo pretende, de que habla con arte. Acaso nos dirá el autor de nuestra Retórica: ¿es éste, ó no lo es, el concepto que debe tenerse del arte de la palabra?

PHE. No puede ser otro, querido Sócrates; pero no es cosa insignificante ese estudio.

Sóc. Es verdad, y por eso debemos buscar, si le hay, otro camino más corto y más directo, para

no aventurarnos temerariamente por tan difícil y tortuoso sendero si podemos evitarlo. Si Lysias ó cualquier otro orador pueden favorecernos, estamos en el caso de recordar sus lecciones y repetir las.

PHE. Hago todo lo posible al efecto, pero nada se me ocurre.

Sóc. ¿Quieres que cite algunos conceptos emitidos por gentes que de esta materia se ocupan?

PHE. Te escucho.

Sóc. Se dice, querido amigo, que debe saberse defender todo género de causas.

PHE. Pues bien: obedece á esa máxima.

Sóc. Los retóricos nos dicen que no debemos confiar demasiado en nuestra dialéctica, porque todo ese aparato es de muy escasa utilidad; añaden, y ya lo dije al comenzar esta discusión, que para ser gran orador es inútil conocer la naturaleza de lo bueno y de lo justo, y las cualidades humanas, naturales ó adquiridas; que, después de todo, ante los tribunales, más que la verdad, puede la verosimilitud; que para hablar con arte ha de pensarse más en lo verosímil; que hay casos en que debe evitarse la exposición de los hechos tales como ocurrieron, si lo verdadero deja de ser verosímil, para presentarlos de un modo conveniente, ya en la acusación, ya en la defensa; y,

en una palabra, que el orador debe fijarse en la apariencia y cuidarse poco de la realidad.

Tales son, en su concepto, los artificios que, aplicados á todos los discursos, constituyen toda la Retórica.

PHE. Has expuesto perfectamente las opiniones de los que se creen hábiles en el arte oratoria; recuerdo, en efecto, haber oído alguna de esas cosas que los maestros famosos miran como el colmo del arte.

Sóc. Conoces á fondo á Lysias; díganos él si entiende por verosímil otra cosa que lo que parece cierto á la muchedumbre.

PHE. ¿Puede definirse de otra manera?

Sóc. Descubierta, pues, regla tan sabia, que es el principio mismo del arte, ha dicho que un hombre débil y valiente, llevado ante el tribunal por atacar á otro fuerte, pero cobarde, y por haberle quitado el manto ó alguna otra cosa, deberá ocultar la verdad, lo mismo que deberá ocultarla el despojado; el uno no confesará que fué batido por otro más valiente; el acusado demostrará que estaban solos, y se aprovechará de esta circunstancia para razonar así: ¿cómo yo, tan débil, he de haber atacado á un hombre tan fuerte? Y éste, al replicar, no confesará su cobardía, sino que buscará otra mentira, que acaso dé á su adversario la ocasión de confundirle. Esto es lo que

llaman hablar con arte. ¿No es así, Phedro?

PHE. Asimismo.

Sóc. En verdad que para descubrir un arte tan misterioso ha sido preciso un hombre muy hábil que se llamase Tisias, ó tuviera otro nombre cualquiera y otra patria; pero, amigo mío, ¿no pudiéramos dirigirnos á él en este sentido?

PHE. ¿En qué sentido?

Sóc. Antes de que hubieses tomado la palabra, Tisias, ya sabíamos que la muchedumbre se deja seducir por la verosimilitud, á causa de su relación con la verdad; y acabamos de explicar que el que conoce la verdad sabe también hallar en cada ocasión lo que más se parece á ella. Si, pues, tienes alguna cosa que decirnos sobre el arte oratoria, dispuestos estamos á escucharla; si no es así, nos atenderemos á los principios que hemos propuesto; pues si el orador no ha hecho una exacta enumeración de los diferentes caracteres de sus oyentes; si no sabe analizar los objetos y reducir inmediatamente las partes que ha distinguido á la unidad de una noción general, no podrá alcanzar toda la perfección del arte oratoria que le es dable al hombre. Pero no adquirirá ese talento sin un inmenso trabajo, y este trabajo no se le impondrá el sabio con el único y exclusivo objeto de hablar á los hombres y dirigir sus negocios, sino con la esperanza de agradar á los

dioses en todas sus palabras y acciones, en la medida de las fuerzas humanas. No, Tysias, y puedes creerlo así, pues lo aseguran los hombres más sabios; no es á sus compañeros de esclavitud á los que el hombre debe tratar de agradar, sino á sus maestros celestiales y de un origen celestial. Cesa, pues, de admirarte si es largo el rodeo, porque su término está muy distante de lo que te imaginas. Además, la razón nos dicta que por un esfuerzo de nuestra libre voluntad podemos llegar, siguiendo este camino, á término tan magnífico.

PHE. Perfectamente, querido Sócrates; pero ¿todos tienen esa fuerza?

Sóc. Cuando el objeto es sublime, lo es también todo lo que se sufre para realizarlo.

PHE. Exactamente.

Sóc. Hemos, pues, dicho bastante sobre el arte y sobre la falta de arte en los discursos.

PHE. Conformes.

Sóc. Réstanos examinar la conveniencia ó inconveniencia que puede haber en escribir; ¿no es así?

PHE. Sin duda alguna.

Sóc. ¿Sabes cómo puedes hacerte más agradable á Dios por tus discursos escritos ó hablados?

PHE. De ninguna manera. ¿Y tú?

Sóc. Puedo referirte una tradición de los an-

tiguos; éstos conocen la verdad. Si pudiéramos descubrirla por nosotros mismos, ¿nos inquietaríamos por lo que otros hombres pensaron antes que nosotros?

PHE. Notable cuestión; refiéreme, pues, esa tradición antigua.

Sóc. Dicen que cerca de Naucratis, en Egipto, hubo un dios, uno de los más antiguos del país, aquel á quien se consagra el pájaro que los egipcios denominan ibis. Este dios se llamaba Theuth; inventó, según se dice, el cálculo, la geometría, la astronomía, los juegos de ajedrez y dados, y, finalmente, la escritura.

El rey Tamo reinaba entonces en el país; habitaba la gran ciudad del Alto Egipto, que los griegos llaman Tebas la egipcia, protegida por el dios Ammón. Theuth vino á su encuentro, le enseñó las artes que había inventado y le dijo que era necesario propagarlas entre los egipcios. El Rey le preguntó por la utilidad de cada una de aquellas artes; Theuth le explicó detalladamente sus aplicaciones, y Tamo iba censurando ó aprobando, según le parecían más ó menos satisfactorias aquellas explicaciones. Muchas razones dió el Rey al inventor en pro y en contra de cada una de aquellas artes, y sería largo enumerarlas. Cuando llegaron á la escritura, dijo Theuth:

«Esta invención ¡oh Rey! hará más sabios á los egipcios y mucho aliviará su memoria; yo he descubierto un medio contra la dificultad de aprender y de retener. — Ingenioso Theuth, respondió el Rey, el genio que inventa las artes no es lo mismo que la sabiduría, que aprecia las ventajas y los inconvenientes de sus aplicaciones. Tú, como padre de la escritura y apasionado de la invención, la atribuyes un efecto contrario á su efecto verdadero. En el ánimo de los que la conozcan sólo producirá el olvido, pues les hará descuidar la memoria; y fiándose en ese extraño auxilio, dejarán á los caracteres materiales el cuidado de reproducir sus recuerdos cuando en el espíritu se hayan borrado. No has hallado un medio de cultivar la memoria, sino de despertar la reminiscencia; y por dar á tus discípulos la ciencia, les das la sombra de ella. Pues cuando hayan aprendido muchas cosas sin maestro, se creerán bastante sabios, no siendo en su mayoría sino unos ignorantes pretenciosos, insoportables en el comercio de la vida.»

PHE. Tienes, querido Sócrates, extraordinaria gracia para hacer discursos egipcios; y si quisieras, los harías también de todos los países del mundo.

Sóc. Amigo mío, los sacerdotes del santuario de Júpiter en Dodona decían que los primeros

oráculos los pronunció una encina. Los hombres antiguos, que no tenían la sabiduría que los hombres de hoy, accedían en su sencillez á escuchar á una encina ó á una piedra, siempre que la encina ó la piedra dijeran la verdad.

Tú necesitas saber además el nombre y país del que habla, y no te basta examinar si lo que dice es verdadero ó falso.

PHE. Con razón me inculpas, y creo que debe juzgarse la escritura como la juzgaba el tebano.

Sóc. Así, el que piensa transmitir un arte consignándole en un libro, y el que cree á su vez aprenderle en él, como si los caracteres pudieran darle una instrucción clara y sólida, son en verdad harto inocentes; é ignoran sin duda el oráculo de Ammón, si piensa que un escrito puede ser otra cosa que un medio de refrescar los recuerdos del que ya conoce el asunto que en él se trata.

PHE. Es justo.

Sóc. Tal es, querido Phedro, el inconveniente de la escritura y el de la pintura; las producciones de este último arte parecen vivas; pero, al interrogarlas, guardan gravemente el silencio; lo mismo ocurre con los discursos escritos: cuando los oyes, crees que piensan; pero pídeles alguna explicación sobre el asunto que en ellos se contiene, y siempre responderán lo mismo. Lo que una vez se ha escrito pasa de mano en mano de